



María Ximena Dorado

No solo hemos tenido que lidiar con la virtualización de las clases y de la relación con lxs estudiantes. También con lo que pasa casa adentro, tanto en los tiempos de trabajo (los ruidos, los perros, la hora del almuerzo...) como en las horas no laborales (que terminan siendo horas de trabajo doméstico, tareas de cuidado de otros y una misma, poco tiempo para el ocio, mucho menos para la socialización). La rutina se ha vuelto un número reducido de actividades compactadas en 18 horas de vigilia productiva y 6 horas de sueño. Trabajar ha perdido hoy un componente indispensable: el espacio físico, difícilmente remplazado por el estudio, el comedor o el sofá de mi casa.

El trabajo coloniza nuestra cotidianidad y nuestro espacio, absorbe a mi compañero (hoy excompañero), también profesor y, entonces, nos margina, nos aleja. El trabajo se apodera de nuestros tiempos, nos exprime, no tiene límites. Antes existía una barrera: trabajábamos de X a Y, tomábamos un bus y volvíamos a casa para sacar al perro (cuando solo teníamos uno). Luego comer, hablar, dormir. Así quisiéramos trabajar hasta tarde, la universidad cerraba, el transporte público dejaba de pasar, la seguridad disminuía en tanto avanzaba la noche, el café (o el bar) cercano era la antesala del fin de la jornada. El trabajo tenía límites, esos que se nos imponían desde afuera, esos que, en

«Trabajar es todo lo que hay por hacer. Sacar a los perros (acá ya son dos) tres veces al día ha sido mi escape y, aunque le suma cansancio a mi cuerpo, nos refresca significativamente»

estas circunstancias de confinamiento y de *quédate en casa*, no sé cómo imponer. No porque sea incapaz de detenerlos conscientemente y de disponerme para hacer otra cosa (seguir en la pantalla, pero ahora en una red social, en YouTube, en Netflix o en whatsapp) sino porque la convivencia obligada lo ha refugiado a él en su pantalla, y a mí me ha llevado al profundo aburrimiento: el trabajo y las tareas se disfrazan de pasatiempo. Trabajar es todo lo que hay por hacer. Sacar a los perros (acá ya son dos) tres veces al día ha sido mi escape y, aunque le suma cansancio a mi cuerpo, nos refresca significativamente. En estas circunstancias de encierro, el ánimo no tiene catalizador.

Me levanto de madrugada, salgo con los perros, volvemos, entreno, desayuno, arreglamos la casa, son las 9 am, me baño, me pongo una camiseta y el short de la semana, me siento a trabajar. Al mediodía nos preguntamos por el almuerzo, improvisamos algo, le doy comida

a los perros, comemos, arreglamos la cocina, hacemos café. Volvemos a la pantalla. Yo lucho con el calor, con el sueño que me contagian Río y Tinto. ¿Él? no sé, pero sigue ahí. Yo a veces duermo 20 minutos, me levanto y vuelvo a intentarlo. Logro avanzar. Son las 5 pm y hay que salir. Los saco; ellos juegan, ladran, a veces pelean, quieren quedarse en el parque por siempre. Volvemos. Ellos encuentran su comida lista, comen, piden más, si tienen suerte comen pan, si no, suspiran y hacen otra cosa. Juegan. Cuando paran y nosotros ya hemos comido, lavado y terminado, yo los acicalo: les limpio las patas, si es que no lo hice al entrar; le lavo los dientes a Río, le hago las curaciones a Tinto (que llegó demacrado y con sarna), los beso, los huelo, los acaricio, los apapacho; cada tanto les lavo sus sábanas, sus toallas o lo que sea que haya puesto en jabón el día anterior. Son las 8 pm. Él sigue estando frente al portátil, yo vuelvo a la tableta, a mi portátil o a mi celular, a veces

«Me hacen falta las miradas, esas que sentí muchas veces escudriñando en mi presencia y que hoy, cuando aparecen en pantalla, no me señalan ninguna fragilidad. »

a los tres dispositivos al tiempo. De nuevo, las pantallas. Soy más productiva en ese horario aunque esté cansada. Leo, escribo correos, tengo pequeñas reuniones, repasó la clase del día siguiente. Si me engancho, puedo seguir, pero recuerdo que debo descansar. Alisto la cama y, entre las 11 y las 12 pm, me quedó dormida. Oigo a los perros entrar al cuarto, se acercan a mi lado de la cama, se tumban. Me levanto de madrugada y el día vuelve a empezar.

Me pregunto ¿cómo estar ahí para otrxs cuando los días se han vuelto un bucle, un loop?, ¿cómo ser creativa, ingeniosa y propositiva cuando la rutina se impone simple, incolora y plana? ¿Qué me está pasando? Yo, que siempre creí necesitar poco, el mínimo vital, para mantenerme sólida, estable y dispuesta, hoy no sé cómo administrar el tiempo, tampoco como mantenerme arriba.

Aún encuentro motivación en las reuniones con lxs estudiantes, pero no termino de acostumbrarme a esa

mediación. Me hacen falta sus expresiones faciales, sus atuendos, su manejo del cuerpo. Me hacen falta las miradas, esas que sentí muchas veces escudriñando en mi presencia y que hoy, cuando aparecen en pantalla, no me señalan ninguna fragilidad. Esta situación de aislamiento preventivo ha modificado mis intenciones de investigación. Esa propuesta por intentar una pedagogía cercana, mutuamente dependiente, crítica y colaborativa y feminista, necesita de la exploración multisensorial que no he sabido cómo trasladar a la formación remota. Y quizá el reto esté ahí, en la defensa de una educación que nos reencuentre en tiempos y espacios de profunda inseguridad, de miedo y desconfianza, donde podamos exponernos ante la presencia de unxs otrxs sin correr riesgo, sin vergüenza, sin temor a equivocarnos (o de contagiarnos).

Por supuesto, el COVID-19 no es el único virus que aqueja esta sociedad. En muchos aspectos es el menor

de nuestros males, pero, sin duda, agudiza, profundiza y remarca varias de las dificultades educativas que experimentábamos en la presencialidad. En estas circunstancias siento mucho más avasallador el silencio de lxs estudiantes. No me gusta constatar con frecuencia si están ahí, verificando si se escucha, preguntando si ven la pantalla. Pienso, mientras escribo, en que, quizá, en momentos de tantísimo ruido como el presente, el silencio sería deseable, pero en verdad preferiría que se callaran otras voces, que se apagaran otros micrófonos y que se quedaran sin conexión otros medios.

Desde que empezó el aislamiento, y ante la avalancha de información sobre el avance del virus en Colombia, decidí no consumir aquello que pudiera acrecentar mi nerviosismo, que desestabilizara mi estado emocional. No vi ni oí noticias, tampoco programas de opinión y ni uno de los capítulos de la serie de alocucio-

nes presidenciales. Mi compañero (hoy excompañero) sí que lo hacía y sabía de cifras, de estudios, de especulaciones, de casos, de medidas de protección y autocuidado. Yo no sabía nada. Que saber no te quite la alegría, recomiendan unas compañeras, y, en este caso, reconozco que la ignorancia me ayudó a sobrellevar la realidad pandémica.

Qué pensaban lxs estudiantes de lo que estaba pasando, cómo estaban sobrellevando esta crisis, en qué creían, de qué versión explicativa se sentían cercanxs, qué estaban haciendo por sobrevivir, cómo estaban sus relaciones, cómo se estaban ejercitando, cómo transcurría el tiempo en casa. Todo eso me interesaba, aunque era tal el protagonismo del trabajo, que las energías estaban consagradas a seguir con el programa del curso y a llevar a término un semestre, de entrada trajinado, desde el comedor de mi casa.

María Ximena Dorado

Profesora de la Universidad del Valle, inquieta por la pedagogía crítica en clave feminista, amante de los podcast y compañera humana de Río y Tinto.